

# ¿Qué está haciendo Internet en nuestras mentes?

La red social de facebook, de ser un país, sería el tercero más poblado del mundo con más de 600 millones de “habitantes”. Este dato nos permite hacernos una idea de las dimensiones sociales que está alcanzando el mundo de internet en general, y el de las redes sociales en particular. Otras redes como Twitter ya cuentan con 200 millones de usuarios, en youtube diariamente se ven 1.900 millones de videos y casi un 30 % de la población mundial es internauta. El mundo de la comunicación ha cambiado de forma radical, también el del consumo y la creación, ahora cualquier persona se convierte en creador de su obra, se generan miles de contenidos y se intercambia información de forma masiva e instantánea. Las redes sociales también han jugado un papel esencial en las revueltas sociales que se están vi- viendo en varios países árabes.

El mundo virtual es un reto para la iglesia y no podemos cerrar los ojos ante una realidad que se nos presenta con datos irrefutables. Debemos aprovechar las posibilidades de comunicación que las redes sociales nos presentan y adaptarnos como lo está haciendo la sociedad en todos sus niveles: político, económico, cultural y educativo. Pero no todo es positivo en esta revolución tecnológica y el auge de las redes sociales presenta serios peligros ante los que no podemos permanecer impasibles. Los más preocupantes tienen que ver con la privacidad personal y la exposición

de la intimidad. Pero en este editorial vamos a detenernos en un riesgo concreto al que debemos hacer frente de forma personal y que aparece en un libro recientemente publicado titulado, “Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?”. Su autor, Nicholas Carr, nos advierte sobre la enorme capacidad de distracción de las nuevas tecnologías.

Partiendo de su experiencia personal, el autor analiza los riesgos de una red que “nos incita a buscar lo breve y lo rápido y nos aleja de la posibilidad de concentrarnos en una sola cosa”. Las redes sociales presentan una falsa sensación de libertad, cuando en realidad incitan a comportarse de una determinada manera erosionando “la capacidad de controlar nuestros pensamientos y de pensar de forma autónoma”.

Jaime Fernández advierte del mismo problema en un artículo publicado Protestante Digital, “Ser nadie: sin facebook ni twitter”. Nos alerta sobre la cantidad de personas “a las que se les escapa la vida delante de una pantalla” y viven “atascadas en información que no tiene ningún valor”. Debemos priorizar y dar tiempo a las relaciones que resultan esenciales y que valen la pena.

Saturación, dispersión, falta de concentración, análisis y reflexión; pérdida de tiempo con contenidos insustanciales, cuando no zafios, etc. Sin ánimo de ser alarmistas ni derrotistas, los peligros son reales y como creyentes tenemos la res-

ponsabilidad delante del Señor de dar una respuesta. Frente a la manipulación y la imposición de una forma de vivir y pensar, tenemos la posibilidad de elegir y, como nos exhorta el apóstol Pablo en la epístola a los romanos, “no conformarnos a este siglo” y “transformarnos por medio de la renovación de nuestro entendimiento”.

Debemos elevarnos sobre la superficialidad, ser sabios para aprovechar bien el tiempo del que somos administradores y responsables ante Dios. Atender a lo prioritario y a lo verdaderamente importante requiere capacidad de análisis. Hay que detenerse, cribar información y tomar decisiones. Eso choca con la filosofía de internet. En palabras de Carr, la esencia de google es que no permanecemos horas en la misma página “porque pierde toda esa información que le damos sobre nosotros cuando navegamos”.

Frente al ritmo frenético de internet que nos obliga a ser multitarea, a dispersar nuestra atención y a quedarnos con el titular, sin profundizar en pensamientos ni en relaciones, la Biblia, como siempre, tiene respuesta: “guarda silencio ante Jehová, y espera en él” (Salmo 37:7) y “medita en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad” (Salmo 4:4). ■